

dad, de la cual era, dice Donnay, trepidante víctima, no le dejaba un minuto de reposo.

Giraba en el torbellino de inmorales apariencias. Donnay no quiere decir que esta clase de mujer sea la parisiense por antonomasia.

De parisienses, por un cálculo aproximado, hay un millón doscientas mil.

Y de éstas, acaso las dos terceras partes son laboriosas, económicas, llenas de cordura.

Otro tanto he solido yo decir, sin obedecer, en este caso, a ningún dictado patriótico...

Pero se trata de la parisiense según los libros y las novelas y las comedias, y desde luego, aun constituyendo una minoría, tal parisiense existe en la realidad, y es lo primero que en París salta a los ojos; es la de la azul peluca, la machicha y la falda rajada.

Y esta mujer, Donnay lo afirma, es en demasía esclava de la moda.

El vértigo de la variedad la trae jadeando.

El culto de la figura y de la belleza llega al grado de idolatría.

La mujer vive pendiente de sus cejas, sus uñas, su cuerpo.

Y por eso hay institutos de belleza, academias de tinte y escuelas normales de manicura.

* *

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es en extremo interesante observar cómo en Francia, en los decisivos momentos actuales, elementos escogidos de las letras y de la intelectualidad, se apresuran a reconocer los yerros pasados y a formular la aspiración de una patria nueva.

Si aquel gran patriota y superintelectual que se llamó Fernando Brunetiére viviese ahora, ¡cómo uniría su voz a las voces que se alzan para aconsejar, para avisar a una generación!

Yo soy decidida partidaria de Francia y de su cultura.

Sus errores, que se deploran actualmente, no los he considerado irremediables nunca.

Hay en ese pueblo encantador tantas energías vitales, que seguramente saldrá del conflicto presente como salió del pasado, pero con mayor experiencia, con doble sentido de defensa y precaución, y con predominante unidad de miras, que en 1871, por desgracia, no tuvo.

* *

¿No os dice algo, no os dice mucho en favor de Francia, el hecho significativo de que, en estos momentos anormales, en París no se registre un crimen ni un robo?

Creyó todo el mundo, al principio, que sucedería lo contrario.

Se imaginaron a las hordas de apaches cayendo sobre la bella ciudad como ejército de voraces ratas, y entrando a saco en los hogares abandonados por sus dueños que están en los campos de batalla.

Se creyó que los refinados malhechores aprovecharían las circunstancias para hacer su agosto.

Se supuso que, preocupado el Gobierno por otras necesidades, desatendería la seguridad pública.

Y fué lo contrario.

Desplegando una actividad vertiginosa, ejerciendo una vigilancia infatigable, surcadas las calles por mesnadas de agentes en bicicleta, la policía redimió a París de la mengua del apachismo.

¿Cómo no aplaudir?

* *

Sobre la transformación de las costumbres por las circunstancias presentes, ha dado Mauricio Donnay, el conocidísimo autor dramático, una Conferencia en la Sociedad de Geografía.

Se titula «La parisiense de ayer y la de hoy».

Empieza refiriéndose a una función de gala en el Teatro de la Ópera, a beneficio del conocido actor y empresario, Antoine, y declara haber sentido inquietudes, estremecimientos, al fijarse en los trajes y tocados de las señoras.

Corrían parejas en ellos la excentricidad y el impudor.

Veíanse pelucas azules, cabellos empolvados de oro, corpiños que no existían y faldas completamente hendidas, de alto a bajo.

Donnay conocía a muchas.

Alguna de ellas acostumbra bailar el tango, la machicha, el two-step, la furlana y el lulu-fado en Magic City, y con cualquiera, en presencia de su marido, a quien, sin embargo, amaba; pero la ociosi-

dad, de la cual era, dice Donnay, el mal que se padecía en Francia, y del cual Francia se moría antes de la guerra.

El lujo loco, desenfrenado, extravagante, exasperado, criminal.

Y el moralista — hay que darle tal nombre — se pregunta, ¿por qué tal lujo? Y contesta: «porque lo excepcional en las sociedades constituidas en formas aristocráticas, se vulgariza en las democracias.

»Cuando el pueblo es el soberano, la corte está en todas partes.

»El segundo Imperio tenía algunos diamantes, pero la tercera República tiene perlas con exceso. Esas perlas fueron al principio pequeñas como granos de mijo; ahora son gordas como avellanas.

»Tal mujer, cuyo marido tiene principios, y, sobre todo, palabras democráticas, y que habla sin cesar del bienestar que es preciso ofrecer al pueblo, de la igualdad que debería existir en el reparto de bienes, y clama contra el derroche de los armamentos, tal mujer, digo, posee perlas, que cada una representa el coste de varias casas de obreros o de un cañón de 75.»

Quisiera citar entera la disertación de Donnay, porque está la llaga señalada con dedo severísimo, analizada la enfermedad con clínica precisión.

Fermentaba, bajo ese mal social, una crisis enorme. ¿Revolución o guerra?

¡Fué lo segundo.

Y entonces, como al conjuro de un mago, he aquí que la parisiense se transforma.

Puede transformarse, nos asegura Donnay, con rapidez y sin transición, porque la mujer, en los cuarenta y tantos años corridos desde la guerra franco-prusiana a la actual, se ha educado, ha aprendido, ha ensanchado su cultura.

En 1870-71, poco hizo la mujer, en sentido patriótico y en sentido humanitario; hoy lo está haciendo todo, con una abnegación sublime, con una inteligencia valerosa.

Es un buen argumento feminista.

* *

Si creemos — y debemos creerlas —, las buenas noticias de Donnay, las mujeres francesas están realizando una labor digna de toda alabanza.

Muchas de ellas, antes de la guerra, vivían mano sobre mano; ningún quehacer ocupaba sus ociosas horas.

Y lo dice un axioma, demasiado vulgar: — la ociosidad es la madre de todos los vicios — ...

Hoy, en cada distrito y barrio, funcionan talleres donde se confecciona ropa de abrigo, ropa blanca, que se distribuye entre las tropas y los hospitales.

Las mujeres, pertenezcan a la clase social que pertenezcan, ejercen todo cargo: son obreras, costureras, compran, venden, reparten limosna, predicán, persuaden...

Hay una que se ha consagrado a atender a los cojos, mutilados e inválidos de la campaña.

Surtirles de muletas, enseñarles a andar, a vivir con su mutilación... Quedarán cien mil cojos, por lo menos, y es preciso pensar en su suerte.

Otras se ocupan de los refugiados belgas, socorren su miseria, mitigan su dolor.

Todas, o la mayor parte, prodigan tiempo y trabajo; dinero, las que pueden.

Y, con esta nueva vida, se desarrolla el modo de ser propio de ella: nacen las virtudes de las existencias fundadas en el altruismo patriótico, el único posible y fecundo.

Las mujeres de París han renunciado a sus extravagancias, a sus lujos absurdos, a su continuo jadear tras la última moda, con la lengua fuera.

Y se visten con extrema sencillez, de medio color; y comen dos platos, eso las que son ricas; y parece que está resuelto fundar, al terminarse la guerra, la *Liga de los dos platos*: la liga, a la vez moral e higiénica, de la templa en comer.

Tememos, ¡ay! que esto no dure, cuando la paz restablezca las cosas cual eran antes...

* *

Sin embargo, ha de quedar, de este momento de espiritualidad profunda, un surco no menos hondo.

Ha de quedar confirmado poderosamente, y en el alma de la mujer, que es donde más convenía, el sentimiento, la convicción, el amor indesarraigable, patriótico.

Aquella famosa crisis del sentimiento de la patria, que señaló el peor momento de la decadencia, no en Francia tan sólo, pero quizás en Francia con mayor aparato de sofismas, ha pasado, ojalá que para siempre.

Porque Francia influye tanto en la mentalidad española, que cuanto bueno le ocurre se refleja en nosotros, y cuanto más inventa, lo mismo.

¡Y aquí también era de moda sonreír desdeñosamente cuando se hablaba de patria!

En esta singular aberración habían caído entendimientos por otra parte claros y privilegiadas imaginaciones...

* *

Otro conferenciante francés, Andrés Beauhier, que disertó sobre *La nueva Francia*, no se forja ilusiones baldías: la victoria, la misma victoria, no resolverá todos los problemas; las discordias continuarán.

Pero el desorden de las ideas se habrá corregido bastante: la gente de buena intención sabrá a qué atenerse.

En Francia — sigo exponiendo la tesis de Beauhier — toda extravagancia ha tenido sus apóstoles; se ha armado un rebullicio de pensares.

Las monedas francesas ostentan la efigie de la Sembradora, y el conferenciante lamenta que la Sembradora, desgredada, precipitada, haya lanzado indistintamente toda semilla, sin examinarla ni escogerla.

Lo mismo da trigo que cizaña: el caso era sembrar, sembrar.

Y — prosigue — entre esas ideas sembradas sin examen, una fué el pacifismo.

Alrededor del pacifismo se acumularon mentiras a granel.

La mentira más funesta a Francia fué la de considerar que la guerra era cosa de antaño, algo que pertenecía a las edades bárbaras, y que, por lo tanto, no importaba no estar preparado para una contingencia que, racionalmente, no había de presentarse.

Otra idea engañosa, la de la evolución, según la cual el mundo caminaba hacia una era de armonía. Así vivía Francia en plena utopía «declarando la paz al mundo»; fuera de la realidad, fuera de la vida.

Y el intelectual cuyas apreciaciones estoy reseñando, declara que quiere que su patria sea pacífica...; pero nunca pacifista.

¡Son cosas muy diferentes!

La guerra ha multiplicado hechos que desmienten a los que forjaban falsos porvenires, edades de oro quiméricas.

* *

He recogido estos decires de hombres de valía, franceses, porque tienen ejemplaridad.

Las naciones son sanables, y Francia, en breve plazo, puede ostentar sobre su lindo semblante los colores de la salud, si quiere...

Para que sane, lo mismo da que venza o que sea vencida.

La victoria, en esta lid, me figuro que no será tan decisiva que acabe con ninguna gran nación.

Y, además, creo que no dirige Alemania sus tiros contra Francia especialmente ni preferentemente.

Al buen entendedor...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.